

rara belleza de la Marquesa Giustiniani. Así lo pensó al pronto Gritti; pero cuando vino la reflexión, sintió el alma triste y fría: por magnífico que fuese el país donde despertaba, acababa de caer del cielo. Por primera vez en su vida se le presentaba la amarga ocasión de comparar una realidad sensible á esa divinidad del espíritu que se llama el ideal. Vespasiano, que caminaba algunos pasos detrás de su amigo, le oyó murmurar varias veces:

—¡Imposible que haya otra más hermosa; y sin embargo..... y sin embargo, la imaginaba de otra manera!

—Buenas noches, noble Miguel, y hasta la vista—dijo el caballero cuando llegaron á la puerta del palacio Gritti.

—¿Estabais ahí, Vespasiano? Perdonad, amigo mío.

—¡Mil carretadas de demonios! ¿Os hacéis poeta, Miguel?

—Esta noche habéis perdido, caballero, porque juráis fuerte.

—Noble Gritti, sospecho que el conde Rafael es un tramposo.

—¡Vamos, Vespasiano! El Conde es leal como vos mismo.

—Verdad es, ¡sangre de Belcebú! pero estoy de mal humor.

—Hasta mañana, caballero.

—No, querido Miguel; hasta la vista.

—¿Tenemos otra misteriosa desaparición? —preguntó Miguel.

—Si me apreciáis algo, messer Gritti, ni una palabra sobre eso—dijo Vespasiano estrechando la mano á su amigo.

Y mientras el noble joven entraba en su casa, el caballero continuó alejándose por la calzada de los Frari.

### III.

#### LA MUJER PROPONE Y DIOS DISPONE.

La misma noche en que la Marquesa Onesta Giustiniani dirigia al corazón de Miguel Gritti un ataque cuyo éxito tan mal respondía á lo que esperaba, obtenía en cambio, por otro lado, un triunfo que sin duda no sospechaba. Cuando Luca y D. José, de regreso de casa de la Marquesa, subían silenciosamente la escalera del palacio Dolcei, Luca, que por distracción había desprendido el puñal de la cadenilla de oro, lo sacó bruscamente de la vai-

na y lo clavó hasta la cruz en uno de los blasones de familia adosados á las paredes y que representaba una abeja picando á una mujer en el pecho. Detúvose D. José, y cogiendo la mano al joven,

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó.—¿Pensáis en esa mujer, Dolci?

—No, José, no—contestó Luca;—castigo el orgullo de mi raza.

A la mañana siguiente, D. José notó profunda alteración en el semblante de su amigo. Era el día señalado para su ingreso en San Esteban; pero por tácito acuerdo parecía que ambos jóvenes habían aplazado su resolución. Todo el día estuvo Luca evitando las miradas de D. José, y ni siquiera hablaron una palabra; solamente por la noche, paseando juntos por la galería, Luca se detuvo de pronto, vaciló cual si se debilitasen sus piernas y se llevó la mano á la frente. Don José se precipitó á sostenerle.

—Luca—le dijo—confesad, confesad que amáis á esa mujer.

—Esa persistencia raya en locura, José—contestó Luca sonriendo;—¿no habéis padecido vértigos nunca?

Y se separaron para descansar.

A media noche despertó sobresaltado D. José al

oir una voz que le llamaba angustiosamente, y vió á Luca arrodillado junto á su cama mirándole con extraviados ojos; tenía el rostro espantosamente pálido y sus labios temblaban convulsivamente.

—¡Luca! ¡querido Luca!—exclamó D. José incorporándose en el lecho.—¿Qué tenéis? ¡Bondad del cielo! ¿Estáis enfermo? decid.

—Enfermo, no—contestó Luca con voz débil;— ¡me ha castigado Dios!

—¡Amáis á esa mujer, Luca, la amáis!

—¡La amo, sí, la amo! Es verdad, José, la amo: ¡lo que padezco es amor! ¡Oh! ¡cuánto he luchado! creedme: hace dos días, tan largos como años, que lúcho como Jacob con el ángel! ¡Y qué noches! ¡qué noches! Miradme, José; estoy muy cambiado, ¿verdad? tanto mejor; eso prueba lo que he sufrido. He venido á buscaros porque se extraviaba mi cabeza. Estoy perdido, creedme.... y solamente os pido una cosa: dejadme, abandonar esta casa; sobre ella, sobre mí pesa algo.... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para encontrarme así? Sabéis, mi pobre José, que me educó mi madre, que era una santa.... Iba con ella á distribuir limosnas; pasé mi infancia en esto y en orar; frecuentemente he encontrado mujeres que me parecían hermosas,

porque se parecían á las Vírgenes de las iglesias; pero no las amé, no. Pues bien; he visto una que parece llevar todos los vicios en los ojos; la he visto una vez..... y la amo..... la amo más que á todo, más que á vos, y casi más que á Dios. Separaos de mí; dejadme, dejadme aquí.....

Interrumpióse Luca sofocado por los sollozos, y apoyando la cabeza en el lecho de su amigo, lloró amargamente.

Aquella mañana, tan triste para los dos piadosos jóvenes, era la del día que señaló la Marquesa á Miguel Gritti para otra entrevista. Á las dos de la tarde Gritti entraba en la iglesia de Santa María Formosa, experimentando cierto asombro al verse en aquel recinto. Pocos momentos después entraba por una puerta lateral una mujer de alta estatura, envuelta en velos de luto, y seguida por un fraile y dos lacayos. Al tomar agua bendita hizo ver á Miguel, con gracioso gesto, las facciones altivas y voluptuosas que contempló la noche anterior en los jardines de la Dolfina. Inclínose y esperó apoyado en un pilar á que la extranjera le diese á entender de un modo ó de otro qué consecuencias había de tener aquella entrevista, porque en aquella iglesia se sentía dominado Miguel por invencible torpeza. Un lacayo dejó en el suelo un

cojín de terciopelo, sobre el que se arrodilló la Marquesa á diez pasos á la derecha de Miguel, y al mismo tiempo le hizo seña con la cabeza para que se arrodillase á su lado.

—He aquí—se dijo Miguel—una puerilidad que, á Dios gracias, toca á su fin.

É inclinando hasta el suelo su elevada estatura, colocó una rodilla sobre la ancha ala de su sombrero, mientras que con el malestar propio del hombre de talento que se ve próximo á caer en ridículo, arrancaba una á una las barbas de su pluma.

Cosa rara es que cuando ciertas mujeres, más vanidosas que tiernas, abusan de la humildad de una pasión naciente, el enamorado á quien mortifican sin compasión no busque consuelo en la palabra, preñada de represalias «¡Paciencia!» Miguel Gritti se ocupaba ya en sus adentros en comentar esta palabra vengadora, cuando al escuchar leve ruido seco que se oyó á la izquierda, volvió maquinalmente la cabeza.

Á tres pasos de él había caído al suelo un rosario. Apenas vió el joven aquel rosario, sintió correr por todos sus miembros y deslizarse por sus cabellos el fluido particular que nos penetra cuando experimentamos viva y agradable sorpresa, y

que deja en pos cierto voluptuoso enervamiento. Gritti había reconocido á la primera ojeada que las cuentas de aquel rosario, talladas á la oriental, eran exactamente iguales á la que había encontrado en la bolsa del pobre.

El rosario había caído de las manos de una joven que oraba arrodillada sobre la blanca losa de una sepultura: Gritti la dirigió rápida mirada, sin que la joven volviese la cabeza ni abriese los ojos, casi cerrados en la inmovilidad de su ferviente oración. Aunque el caballero no podía ver desde su sitio más que el perfil de la joven, le impresionó la gracia infantil que respiraba su boca entreabierta para rezar y sonreír. Aquel cándido semblante, perdido entre innumerables bucles de dorada cabellera, tenía un encanto lleno de contrastes, pareciendo que se mezclaba cierta gracia maliciosa á la pureza de alma y al ardor de la fe que se leían en él. Aquella niña pensaba como una virgen, oraba como un ángel y sonreía como una mujer.

Á pocos pasos detrás de ella veíase una señora anciana con traje negro de adornos amarillos; aquella matrona murmuraba su rosario con el aspecto de inteligente beatitud que caracteriza igualmente la rutina de las devotas y la digestión de las ancianas.

Los ojos de la Marquesa Onesta habían seguido con inquietud la dirección de los de Miguel Gritti. Éste se levantó de pronto, y la Marquesa, arrojando bruscamente el velo que le cubría el rostro, inclinóse hacia adelante como leona irritada, y quedó inmóvil para no perder nada de la mortal ofensa que preveía. Miguel recogió el rosario, y saludando con suprema cortesía, lo presentó á la joven sin hablar. Distraída ésta en su éxtasis, alzó tranquilamente hacia Gritti sus grandes ojos asombrados; pero apenas encontraron la conmovida é interrogadora mirada del caballero, la niña, extendiendo rápidamente los brazos como buscando apoyo, y abriendo los pálidos labios para murmurar palabras ininteligibles, cayó exánime sobre el mármol.

—¡Jesús! ¡Dios mío!.....—exclamó la anciana— ¡Julia! ¡hija mía! ¡Julieta! ¡querida niña! ¿qué le ha dado? ¡Señor! ¡sobre la tumba de su pobre madre!..... ¡Respóndeme, Julieta! ¡respóndeme! ¡Ay! caballero—añadió la anciana dirigiéndose á Gritti, —¿no podríais hacerme el favor de correr á la calzada? Nos espera una góndola en el canal..... lacayos nuestros..... la librea de los Contarini.....

—Perdón, señora—dijo Miguel Gritti—ésta no es carga para lacayos; con vuestro amable per-

miso, tendré el honor de llevar á la señorita á la góndola.

Y sin esperar respuesta, alzó en sus brazos á la delicada niña envuelta en los pliegues de su blanco ropaje, llevándola como un niño dormido en cuna de gasas y encajes. En seguida salió de la iglesia, precediéndole la anciana tía de Julia, porque aquella niña era huérfana y no tenía más pariente próximo que la hermana de su padre, con la que habitaba el palacio Contarini.

La Marquesa Onesta, que durante esta escena había arrancado los broches de su devocionario, esperó con ansiedad durante algunos minutos el regreso de Miguel Gritti; pero tuvo que volver sola á su palacio, situado muy cerca de Santa María Formosa, y precisamente enfrente del de Julia, que se alzaba al otro lado del canal.

Antes de salir Gritti de la góndola en que acababa de dejar á Julia desmayada, obtuvo de la anciana señora permiso para presentarse á la mañana siguiente en su casa á fin de informarse de la salud de la joven. En seguida se retiró, rebotando su pecho alegría y agitación extraordinarias y emprendiendo paseo rápido y sin objeto por la ciudad. El joven caminaba distraídamente, hablando recio y riendo cuando lo notaba.

—Es cosa clara—se decía—¡ella es!..... No hay en el mundo dos rosarios como ése. Se ha necesitado toda la vida de un derviche para labrar esos delicados arabescos en cuentas tan pequeñas. Y además, ese desmayo en cuanto me ha visto.... Sin embargo, ¿cómo creer que esa niña?..... ¡A fe mía! tanto peor; pero no la doy más de quince años y dos días.... ¡Qué botón de rosa!..... la miraba, y no tengo idea de haber visto tez semejante.... ¡Y que esa niña sonrosada haya sido mi lúgubre predicadora, que no hablaba más que de morir!..... ¿Si no pasará todo de una travesura?..... Pero en este caso, ¿á qué desmayarse? ¡Bah! ¡me vuelvo idiota! ¿Dónde diablos estoy?

Entregado á estas pueriles argumentaciones, de las que el mismo Gritti se asombraba, había caminado mucho; había cerrado la noche y no conocía el barrio, de aspecto pobrísimo, en que se encontraba. Por sentimiento que difícilmente se comprende, y con mayor dificultad se explica el joven experimentó cierta alegría al encontrarse en terreno ignorado: le agradaba lo desconocido en el exterior, en el momento en que sentía en su interior emoción completamente nueva, cual si la vista de los objetos familiares hubiese de impedirle entregarse tan francamente al extraño encanto de sus impresiones.

—¡Vamos!—dijo—me he extraviado; tanto mejor.

Y apoyó los codos sobre un parapeto arruinado, entregándose al desvarío con la ingenua felicidad del escolar que se encuentra lejos de la vista del superior por los floridos caminos de las ausencias de clase.

El cemento que había unido las piedras del parapeto caía á pedazos: el joven cogió con grave distracción uno de los trozos más gruesos, lo revolvió un momento en la mano y lo dejó caer á plomo en el vacío: casi al mismo momento oyó opaco ruido como el que produce una piedra al caer sobre un sombrero.

—He ahí—se dijo Miguel Gritti riendo, porque se encontraba en una de esas disposiciones de ánimo en que es fácil la risa—he ahí un agua que tiene extraña sonoridad.

Y como cualquier otro hubiese hecho en su lugar, el venturoso Miguel cogió un trozo de cemento mucho mayor que el primero y lo dejó caer cuidadosamente en la misma dirección. La segunda prueba tuvo completo éxito: igual sonido mate, pero con doble intensidad; mas ahora vino acompañado de un terno capaz de derribar una puerta. Gritti lanzó ruidosa carcajada.

—¿Hay alguien ahí bajo?—exclamó.

—Sí, alguien hay—contestó una voz ahogada por la cólera;—alguien hay, y voy á subir á decírtelo.

—¡Bah!—repuso Gritti, cuya risa iba en aumento;—¿no véis, querido desconocido, que era una broma?

—¡Una broma!—contestó la voz acercándose poco á poco—¡muy bien! ¡una broma! me gustan mucho, amigo mío! ¡está muy bien! ¡espérame ahí, querido! ¡por las trescientas mill!.....

—¡Caramba! ¡es Vespasiano!—exclamó Miguel Gritti en el momento en que la larga silueta del caballero aparecía en efecto en lo alto de la escalinata.

—¡Cómo diablo!—¿sois vos, noble Miguel?—dijo Vespasiano parándose en el último escalón.

—Yo mismo; pero ¿qué hacíais ahí bajo, querido amigo?

Vespasiano quedó cortado y no contestó.

—¿A qué ejercicio diabólico podéis entregaros en este barrio salvaje y en este canal solitario?

Vespasiano se mostraba confundido de un modo inexplicable.

—¡Vamos! ¿qué hay?—continuó preguntando Gritti;—¿es que acabáis de cometer algún crimen ahí bajo?

—Tranquilizaos, noble Miguel—contestó al fin Vespasiano;—estaba pescando.

—¿Y con qué horrible intención?—preguntó alegremente Miguel.

—Con la de coger algunos peces, messer Miguel.

—¿Y para qué, caballero?

—Para cenar.

—¡Vamos, Vespasiano!—replicó Miguel, que muy lejos de sospechar la verdadera causa del apuro de su amigo, se complacía mucho con aquella conversación.—¡Vamos, me sorprendéis cada vez más! Que un caballero que gasta espada tan formidable como la vuestra se separe de la sociedad de los hombres para dedicarse á la pesca—distracción que parece reservada á las viudas—no deja de confundirme; pero que por inaudito cúmulo de causas pesquéis vos, Vespasiano, y no cenéis, ved ahí lo que me traspasa de parte á parte la imaginación.

—Noble Miguel—contestó Vespasiano con solemnidad;—ha llegado el momento de mostraros la llaga de mi vida. Sabed, amigo mío, que me veo muy apurado; es decir, que soy muy pobre.—¡Ni una palabra, Miguel; no me humilléis!—os asombra lo que os digo; fácilmente os lo explicaré. Sabéis que estoy á sueldo de la serenísima República

como capitán. Ahora bien, gasto en hacer vida de rico la mayor parte de mi sueldo. Habréis observado que no juego más que una vez al mes; pierdo siempre, pero no me quejo, estimando que de esta manera pago el honor de frecuentar vuestra sociedad. Aquella casa que véis allí á orillas del canal, es la mía. Y ahora soportaré con gusto que me convidéis á cenar esta noche; pero os ruego que no volvamos á hablar de esto, Miguel; se lo ruego á vuestra señoría.

Conmovidó Gritti más de lo que quería dejar ver, abrazó á Vespasiano, diciéndole con aparente ligereza:

—Esa es la historia de todos los hombres de guerra, capitán. Iguales cosas me han ocurrido en el extranjero. Pero venid y os contaré una cosa inaudita: ¡confidencia por confidencia! solamente que la vuestra es honrosa y la mía me avergüenza.

—¡Sangre de Satanás! ¡noble Miguel, no os creo!—exclamó Vespasiano, á quien la delicada reserva de Gritti había devuelto el valor y el buen humor.

—Probablemente—continuó diciendo Gritti—me casaré un día de estos.

—¿Casaros? ¡lléveos el diablo! ¿Acaso ha encontrado vuestra señoría una de las trescientas mil?.....

¡Hola!—añadió Vespasiano interrumpiéndose y parándose de pronto con los ojos fijos en la esquina de una callejuela que desembocaba en la calzada á diez pasos delante de ellos—¿qué es eso?..... ¿quién es el pagano?..... ¡Bajaos! ¡bajaos pronto, Miguell!

Y el capitán se precipitó con los brazos abiertos delante de su amigo cubriéndole con su cuerpo. Al mismo tiempo sonó un tiró en la callejuela, y una bala de pistola vino á aplastarse en la gola de acero que llevaba Vespasiano. Viéndole vacilar Gritti, le cogió en sus brazos.

—¡Dejadme, dejadme, por veinte mil demonios! ¡me asfixiáis, Miguel!—exclamó Vespasiano.—¡Y entretanto se escapa el tunante!

Los dos jóvenes se lanzaron entonces á la callejuela.

—¡Lo veo!—exclamó el caballero;—he visto el extremo de su capa. ¡Pero venid pronto, Miguell! ¡Allá está en el muelle; allá abajo! ¡Va á saltar á alguna barca!

—Deteneos, caballero,—dijo Gritti,—no corramos más: ¡que se escape! ¡creo que es lo mejor que puede sucedernos!

—¿Conocéis acaso á ese tunante?

—Puede ser. Pero este asunto es tal, que el ho-

nor me impide referiroslo. En último caso—continuó, hablando consigo mismo—no me conduje como hombre galante; y si el golpe parte de ella, tanto mejor; así quedamos en paz.

No insistió Vespasiano, y continuaron caminando. Entraron en la primera hostería que vieron, y pidieron de cenar. Gritti comenzó entonces el relato de su aventura con la signorina Julia Contarini y de los acontecimientos que habían precedido, pero no dijo ni una palabra de la Marquesa. El caballero Vespasiano escuchó la historia con asombro y respeto, ya bebiendo, ya haciendo saltar en la mano la bala que le había abollado la gola; no se separaron los dos amigos hasta hora muy avanzada de la noche.

Esta misma noche, como se recordará, la pasaba Luca Dolei arrodillado junto al lecho de don José, á quien también acababa de hacer una confidencia de amor.

#### IV.

##### MIGUEL GRITTI EN CASA DE JULIA CONTARINI.

A las doce del día siguiente, Miguel Gritti, que había pasado la mañana en maldecir la lentitud de las horas, subía rápidamente la escalinata que